



¿SERÁ QUE VOY A SER MAMÁ?

Natacha R. Glorvigen

¿Será que voy a ser mamá?

En marzo de 2022, mi esposo y yo entramos en una aventura completamente desconocida para ambos: comenzamos a buscar bebé. La aventura, sin embargo, se convirtió en un proceso un tanto más largo de lo que hubiera anticipado. En términos médicos, no nos tardamos “más de lo normal”; pero, la espera fue muy difícil en ocasiones.

En este documento, resumo la experiencia que vivimos con tres objetivos en mente:

- 1) Glorificar el nombre de Dios por todo lo que me enseñó en una época difícil;
- 2) Mostrar la realidad detrás del feliz anuncio que hice en mis redes sociales hace un mes, y
- 3) Animar a otros que se encuentran en un proceso similar.

¡Espero que pueda bendecirte!

Natacha R. Glervigen

PRIMEROS PASOS

Mi esposo y yo habíamos estado casados por un total de 6 meses cuando la idea de ser mamá se cruzó por mi mente por primera vez. No estoy segura de si es un asunto de edad, pero en mi corazón me sentía lista para intentar. Decidimos esperar hasta mi graduación del seminario, que también sería la víspera de nuestro primer año de casados.

Cuando se acercaba la fecha, fui al chequeo general con mi doctora. Me hicieron unas evaluaciones previas para asegurarse de que todo se viera bien; y, entonces, comenzamos lo que sería todo un proceso para tratar de concebir o TTC, como se conoce en el mundo de la concepción y los bebés). Con el tiempo, me familiaricé con ese y otros acrónimos que incluso ahora me resulta difícil pensar en el tema sin ellos.

Algo interesante me pasó el día en que comenzamos a “intentar”: me dio miedo. Tuve miedo de no ser buena mamá, de no saber guiar a mi hijo/a al Señor, de no poder manejar bien la situación. Lloré al Señor y me pregunté si en verdad estaba lista para aquel paso tan gran grande. Y, al mismo tiempo, tenía miedo de que tardara en lograrse la concepción. El lector se preguntará cómo acaso una persona puede tener tanto temor en el cuerpo; y lo entiendo porque tampoco sé cómo se puede funcionar apropiadamente de esa manera.

Ese día, traje mis miedos al Señor. Los presenté en oración tal como eran, sin esconder nada. Y, en el proceso, sentí cómo se renovaba mi fe, mi confianza y mi deseo de creerle a Dios en esta nueva etapa de nuestro andar juntos. Al pasar los días, ya no estaba asustada por mi capacidad de criar a un hijo/a en el Señor; pero, por mucho que oraba y hablaba con personas de confianza, no podía sacudir el temor de no poder concebir rápido. Con voz temblorosa, le hice una petición a mi Padre Celestial. Le dije: “por favor, haz que no tarde para nosotros; concédenos concebir pronto”.

No sé si a todas las personas les da miedo no poder tener hijos, pero yo he escuchado este mismo temor de mujeres de todas las edades. Supongo que pasa porque es un proceso imposible de controlar. Ahora bien, en el reloj médico, una pareja puede tardarse hasta un año para concebir si tiene menos de 35 años. En teoría, concebir puede *tomar tiempo*. Pero, yo quería que sucediera rápidamente, porque el miedo de ser estéril era más de lo que me sentía capaz de manejar. Le rogaba al Señor que me librara de la agonía del temor y nos regalara la bendición de ser padres sin tanta espera ni tantas decepciones.

CICLO 1 | MARZO 2022

Mi doctora me explicó que, como había estado tomando pastillas anticonceptivas, mi cuerpo quizás tardaría de uno a tres meses en regularse. Me dijo: “Si no pasa nada en esos meses, es normal”. Pero, yo secretamente esperaba que nosotros fuésemos la excepción. En mi corazón, pensaba que Josué y yo podíamos ser una de esas parejas que milagrosamente “lo lograba” en su *primer* intento, así que ni siquiera me preparé para la decepción. Ese mes, “intenté” creyendo de todo corazón que sí pasaría.

Cuando comencé a sentir dolores de vientre cerca del final de ese ciclo menstrual, estaba 80 % segura de que estaba embarazada. Mi cuñada, que había tenido a su bebé un par de meses antes, me había dicho que los primeros meses tuvo mucho dolor de vientre, y para mí esa era *la* señal que debía buscar. Ese primer ciclo fue la primera vez que *googleé*: “síntomas tempranos de embarazo” y, pues, ahí estaba: “Dolor de vientre parecido al dolor menstrual”.

Esa fue la primera vez que compramos una prueba de embarazo. No sabía cuál era mejor o peor, así que agarré cualquiera. Llegamos a nuestro apartamento y leí las instrucciones. Al cabo de unos meses, me las sabría de memoria. Cuidadosamente, seguí los pasos: oriné en un vasito, puse la tira absorbente en la orina por 5 segundos, y esperé.

Negativo.

Leí las instrucciones otra vez porque pensé que quizás había cometido un error haciéndome la prueba: “Tal vez, contaminé la muestra de alguna forma”, me dije. Al leer los pasos con mayor detenimiento, me di cuenta de que me estaba haciendo la prueba demasiado pronto. Debía esperar unos días más. Eso renovó mi esperanza: “Quizás no es negativo”, pensé.

Pero, no tuve oportunidad de repetir la prueba porque, después de unos días, mi periodo llegó. Llegó el día que debía llegar, a los 30 días de la última vez llegó, como siempre. Me decepcioné, pero recordé las palabras de la doctora: “Si no pasa nada en los primeros tres meses, es normal”. Es normal.

Sí, es normal.

CICLO 2 | ABRIL 2022

Embarazarse intencionalmente es una ciencia. Desafortunadamente, no sabía mucho de ella en el ciclo 1. Pero, como la persona diligente y estudiosa que siempre he sido, me documenté mejor para el segundo ciclo. Con esmero, profundicé los detalles sobre la ventana de fertilidad, y esta vez mi esposo y yo intentamos más estratégicamente. Aprendí que una vez que mis días fértiles pasaran, no había mucho más que hacer, excepto esperar.

En una de esas noches de espera incierta, cuando era muy pronto para hacerme una prueba de embarazo, pero muy tarde para seguir “intentando”; me senté en la cama de nuestro cuarto y le dije a mi esposo: “Le pedí al Señor que sucediera rápido para nosotros porque no creo que soy capaz de hacer esto por mucho tiempo. No puedo. No creo aguantar. Tiene que pasar pronto, porque no puedo vivir con la incertidumbre de si pasará o no”.

Creo que eso resume un poco la naturaleza de esta lucha: no saber, no poder estar seguro, no poder garantizarte los resultados. Dependes por completo del Señor, que es el dador de la vida, porque tú no puedes darla. Esperar, sin la promesa de que verás lo esperado, con la sospecha de que no llegará porque ha tardado tanto; es una de las tareas más difíciles que vivimos como seres humanos.

“Sí puedes”, dijo mi esposo mientras ponía su mano en la mía. “Tú eres más fuerte de lo que crees”. Lo miré por un largo rato. Mientras lo hacía, esas palabras quedaron selladas en mi mente.

Le había dicho que no podía con la espera; que no podía con la incertidumbre, que no era capaz de vivir con una concepción que no sucediera inmediatamente. Pero, en realidad, sí puedo. De hecho, sí pude. Pude de la misma manera en que he podido hacer todas las cosas en mi vida: de la mano del Señor. En Dios, puedo con todo lo que se pare en frente. Podemos. Sí podemos.

Esas fueron las palabras que me repetí el día en que la prueba de embarazo dijo “negativo” otra vez: “Sí puedo”, pensé, “en Dios, sí puedo”.

CICLO 3 | MAYO 2022

Este mes fue el mes más agitado del año. Me graduaba del seminario y tenía ¡TANTO QUE HACER! Mi último semestre fue uno de los más difíciles: estaba terminando mis pasantías y tenía muchos proyectos finales que entregar. Además, acababa de retomar mi ministerio en redes sociales que, si bien lo podía hacer a mi ritmo, le estaba dedicando muchas horas y esfuerzo.

La semana en que debía terminar todas mis tareas, hice algo que no recuerdo haber hecho antes en mi vida: se senté en un rincón de nuestro apartamento completamente abrumada; y ahí me encontró mi esposo.

Me miró esperando una explicación racional, pero no la tenía; así que le ofrecí una irracional: “No tengo suficientes horas para terminar todo lo que tengo pendiente. No me voy a graduar, Josué”. Con amor, me levantó del piso y me sentó frente a la laptop donde estaba escribiendo uno de mis trabajos; y seguí.

En medio de todo, la idea de concebir estaba allí, por supuesto. Pero, yo estaba tan ocupada que no pensaba en ella como antes. Finalmente, entregué todas mis tareas del seminario y comencé a prepararme para el día de mi graduación. Fue un momento tan especial. Venir al Seminario Teológico de Dallas ha sido una parte muy importante de mi historia con Dios, y estaba llegando a su fin. Con gozo, celebré la bondad de mi Padre Celestial junto con mis compañeros que también se graduaron ese día.

Interesantemente, justo en el instante en que comenzaba a caminar por la plataforma para recoger mi título, sentí que mi periodo acababa de llegar. No me sorprendió porque lo estaba esperando para esa fecha. Sabía que estaba por venir; pero me pareció tan curioso que pasara *justo* cuando estaba recibiendo mi título. No recuerdo haberme sentido muy triste por eso. Pero, sin duda, me pareció una paradoja: estaba cumpliendo un sueño mientras que, de alguna forma, otro estaba muriendo ese mes.

CICLO 4 | JUNIO 2022

Hasta este punto, solo el Señor, mi esposo, mi hermana en Chile y yo sabíamos de estas cosas que he escrito. ¿Por qué no contarles con libertad a amigos, familiares y mentes curiosas que estábamos buscando bebé? ¿Por qué no abrir mi corazón con otros respecto a lo sucedido en los ciclos anteriores? Por muchas razones. Este tema, como pocos otros, es extremadamente personal. Toca las fibras más sensibles del ser y, por tanto, te hace increíblemente vulnerable. Se trata de algo simple y complejo a la vez: “anhelo algo en mi vida sobre lo cual no tengo ningún control”.

No estoy segura de que esta sea la experiencia de todas las mujeres, ni siquiera de la mayoría. Pero, en mi caso, la idea de que otros supieran nuestras intenciones me hacía sentir frágil y muy presionada. Si se trataba de una búsqueda infructuosa, no solo yo lo sabría, sino que otros lo sabrían también. Quizás, me preguntarían: “¿Hace cuánto están intentando?”. Eso me recordaría el tiempo que habíamos pasado sin resultados positivos. Tal vez, se cuestionarían por qué no ha ocurrido todavía y comenzarían a especular. Algunos le echarían la culpa a mi edad, por supuesto, sin siquiera considerar otros factores.

Manejar decepciones es una cosa. Manejar decepciones públicas es otra muy diferente. Por eso, decidí guardarme todo, con la esperanza de que no tendría que ser por mucho tiempo. Después de todo, en mi corazón, todavía esperaba que sucediera “pronto” o “ya”. No creo haber estado necesariamente equivocada en esto. Sé que no soy la única persona en el mundo con una posición similar. Hay asuntos de pareja que está bien vivir “en pareja”. Pero, en parte, la decisión también estaba motivada por razones equivocadas: temor, ansiedad y, por supuesto, orgullo.

Además, aunque guardar silencio arma una cierta coraza de protección a tu alrededor, también te aísla de las personas que pueden orar por ti y acompañarte en los ciclos infructuosos. En la medida que la espera se hizo más larga, me di cuenta de que necesitaba el apoyo de otros para mantenerme firme en fe y esperanza.

En el cuarto ciclo, cuando mi periodo llegó y me di cuenta de que no estaba embarazada, fue la primera vez que me atreví a contarle todo a mi mamá y a una buena amiga de la iglesia. Me permití llorar con otras personas. No me arrepiento del tiempo que esperé para abrirme con mi experiencia ni de las personas en que decidí confiar. Se trata de un proceso *muy* personal y doloroso; y cada persona lo enfrenta de un modo diferente.

En mi caso, vengo de esa cultura en que solo cuentas las buenas noticias; solo presentas tu mejor cara, y las luchas solo se cuentan en tiempo pasado (como yo lo hago ahora). Pero, esa no es la verdad acerca de mí. No solo me pasan cosas buenas; no todo me sale como quiero, y mucho menos al primer intento. Cuando empecé a admitir mi lucha frente a otros, no recuerdo haberme sentido mejor por eso; pero, sí pienso que me hizo más humana ante ellos, y a eso solo puedo llamarlo ganancia.

CICLO 5 | JULIO 2022

Una de las mujeres más extraordinarias que he conocido en mi paso por el seminario vivió una fuerte lucha con la infertilidad por muchos años. Al final, nunca pudo tener hijos biológicos, y junto a su esposo decidió adoptar a su única hija en un proceso que, según he escuchado, fue también bastante complicado.

De todos los modos en que se vea, se trata de una mujer de Dios, de oración, de vida cristiana ejemplar. Si nuestras bendiciones dependieran de obras, ella probablemente *merecería* muchas de ellas. Aun así, su anhelo legítimo de ser madre pasó años y años sin cumplirse. De hecho, en términos de concepción natural, a ella nunca le ocurrió.

En las noches duras de mi espera, pensaba en ella y con dolor pensaba: “No es justo que no le pasara a ella. ¿Por qué siento que sí *tiene que* pasarme a mí?”. Parece una pregunta innecesaria, pero no creo que lo sea. La historia de esta mujer me demostraba que el Señor no le promete hijos a nadie. Por razones que descansan en Su soberana voluntad, algunas veces, Él obra de otras maneras; y ese no tiene que ser nuestro fin. Esta cristiana, por ejemplo, aparte de ser la mamá de su hija adoptiva, se volvió la madre de muchas otras mujeres en el Seminario de Dallas: las aconseja, las guía, las inspira y les da un buen ejemplo a seguir.

En este quinto ciclo, hablé estas cosas con mi esposo y le dije: “Quiero que el Señor haga esto. Creo que lo puede hacer. Pero, yo sé que existe la posibilidad de que no pase y, en Dios, tengo que aprender a aceptar eso”.

Unos días después, estaba en mi apartamento doblando la ropa lavada el día anterior. Iba pieza por pieza mientras escuchaba música. Entonces, sentí que mi periodo llegaba. Corrí al baño y confirmé que, una vez más, no estaba embarazada.

Dolió mucho; y, lamentablemente, la situación empeoraría antes de mejorar. Pero, enfrentarme a la realidad de que a tantas otras mujeres simplemente *no les pasó* fue duro y necesario a la vez. Me regaló un poco de perspectiva al mostrarme que hay más de una posible respuesta a esta oración. Pasara lo que pasara, decidí que no quería olvidar esa lección.

CICLO 6 | AGOSTO 2022

El más amargo de todos los ciclos: el ciclo 6. No sé cómo no acabó conmigo.

Mi esposo se acababa de ir a un viaje de trabajo, que duraría tres largos meses. Desde que nos casamos, no nos habíamos estado separados ni siquiera un día y, de repente, tenía que aprender a vivir sola. Fueron días complicados, emocionales y, sobre todo, muy difíciles. En términos de ciclos y fertilidad, mi esposo se fue a mitad del ciclo 6, de modo que, en teoría, “intentamos suficiente” antes de que tuviera que irse.

En este ciclo en particular, me pasó algo que *nunca* me había pasado antes. Ese mes, en el día que tocaba venir mi periodo, no vino. NO. VINO.

Mi periodo NO VINO el día en que debía.

Hasta ese momento, yo había sido el reloj suizo de los periodos. Llámenme “Sra. Regular Todos los Meses de Su Vida”. Pero, en esa oportunidad, justo el día en que se *suponía* que viniera mi periodo, mi periodo no llegó.

Yo, por tanto, asumí lo mejor: ¡ahora sí!

Esa tarde, me hice una prueba de embarazo, la más *sensible* del mercado, y la vi: una línea. Una línea MUY clarita, pero una línea positiva. Si has estado involucrado en el mundo de la concepción, sabes que, en términos de pruebas embarazo, una línea positiva significa un resultado positivo, sin importar qué tan clarita.

Sonreí.

“Concebimos”, pensé, “sí nos pasó”. Durante todo ese día, me sentí físicamente rara, dispersa y asumí que eran mis primeros síntomas.

Llamé a mi esposo casi inmediatamente y le di la noticia. Se puso muy contento, claro.

Yo, por mi parte, no estaba segura de qué hacer o de qué no hacer: estaba sola, con muchas preguntas, feliz y un tanto asustada. Al día siguiente, y solo para estar seguros, me hice la prueba otra vez y fue, nuevamente, positiva. La línea, sin embargo, estaba mucho más pálida que el día anterior; pero, mi periodo no había venido todavía, así que no tenía razón para desconfiar. Tenía 3 días de retraso y no una, sino DOS pruebas positivas.

Todo parecía ir bien.

Esa noche, me reuní con un grupo de amigas y la pasamos TAN bien que, por un momento, me olvidé de todo. Dejé de pensar en las pruebas de embarazo, en mis posibles síntomas, en los días de retraso. Estuve presente en el momento y, por primera vez en varios días, me relajé. Eso me parece significativo porque siempre he sabido que tu mismo estrés y maquinaciones mentales puede atrasar tu periodo. Sin embargo, no olvidemos que yo tenía DOS pruebas de embarazo POSITIVAS, por muy pálidas que estas fueran.

La mañana del 4to día de retraso, me levanté y me sentí increíblemente *normal*. Eso me asustó un poco. Fui al baño a orinar, como una hace todas las mañanas al levantarse. Cuando voltee a ver, me horroricé. El agua tenía un pálido pero visible tinte rojo.

“No”, pensé. “No, por favor”.

En los próximos minutos, comencé a sentir la llegada de mi periodo. Como comprenderás, no entendía nada. Yo tenía dos pruebas positivas. Eso no podía estar pasando.

Me senté en mi cama con una sensación tan desgarradora que, incluso ahora, no puedo describir. Fue uno de los momentos más horribles de toda mi vida. Lo que sentía era tan fuerte que pensaba que no era capaz de soportarlo. Creía que la única forma de enfrentar la situación era durmiéndome o muriéndome.

No era un pensamiento suicida. Yo no *quería* morirme. Pero, en mi mente, no había forma de que una persona tuviera la capacidad de sentir lo que yo estaba sintiendo: no era de humanos sentir eso. Finalmente, por la gracia infinita de Dios, logré dormirme.

Días después, mi doctora me explicó que pudo haberse tratado de un embarazo químico. En otras palabras, *quizás* hubo concepción, pero no se llevó a cabo una implantación exitosa. Eso significaría que tuve una pérdida *muy muy* temprana. Si no hubiera tenido pruebas de embarazo en mi casa, probablemente ni siquiera me habría dado cuenta de que lo que había pasado. Pero, ese era justo el problema: me había dado cuenta. No tenía nada que demostrara lo sucedido, excepto las pruebas de embarazo que me hice esos días; pero había pasado tanto tiempo que apenas se podía distinguir lo que una vez fue una línea. De todo este proceso, esto fue lo más duro que viví; y doy gracias a Dios porque, en Su gracia, me sostuvo y me acompañó cuando ni siquiera podía encontrar palabras para expresar lo que sentía.

CICLO 7, 8, 9 y 10 | SEPTIEMBRE, OCTUBRE, NOVIEMBRE, DICIEMBRE 2022

Mi esposo estaba viviendo en otro estado. Estar separados por tanto tiempo fue increíblemente difícil para mí. Pero, en medio de todo, y especialmente después del nefasto ciclo 6; me regaló la oportunidad de tomarme un descanso. Si mi esposo no estaba, no había forma de intentar. No había nada que esperar. No había razón para llevar la cuenta de mi ciclo. Ese descanso llegó justo a tiempo porque mi corazón sentía que no podía más.

Si eres una mujer que ha esperado mucho más de seis meses por su milagro, la descripción de mi dolor y mi desánimo parecerá un tanto injusta. Seguramente, las palabras “eso no es nada para lo que yo he vivido” cruzarán tu mente. Y, en parte, lo entiendo y lo acepto. Pero, si mi experiencia se parece en algo a la experiencia de otras mujeres, el *primer* mes en que intentas concebir y no pasa ya duele. Duele porque no puedes explicarte por qué no pasó. Duele porque no puedes saber si alguna vez va a pasar.

Esos tres meses alejada del proceso me hicieron bien para orar, pensar y calmar un poco mi ansioso corazón. Comencé a evaluar seriamente la posibilidad de una vida sin hijos. ¿Qué sucedería si *nunca* podíamos concebir? ¿Cómo luciría la vida si este sueño *nunca* llegara a suceder? La pregunta en sí era difícil de asimilar. Pero, finalmente, después de muchos días, llegué a una respuesta: “No pasa nada”.

Por primera vez, estaba segura de que la vida seguiría. Dios nos ha llamado a mi esposo y a mí a enseñar Su palabra, y eso es justo lo que seguiremos haciendo: con hijos o sin ellos.

Esa convicción me ayudó a relajarme. No era que la idea de nunca ser padres dejara de doler, especialmente cuando todos nuestros amigos parecían estar teniendo a sus hijos. Pero, hallé un poco paz y claridad.

Más adelante, cuando Josué y yo finalmente nos reencontramos, le compartí todo esto en que estaba meditando: lo duro que había sido tener un embarazo químico (si en verdad eso es lo que pasó); lo bien que me había hecho tomarme unos meses para orar y pensar, y cuánto deseaba asumir esta búsqueda por bebé de un modo diferente.

En diciembre, como es tradición en Venezuela, comimos 12 uvas para darle la bienvenida al Año Nuevo. Mientras las comíamos, compartimos 12 anhelos que teníamos para 2023 y oramos por ellos. Con la última uva, Josué dijo: “Que al final de 2023 seamos hallados contentos en Dios, sea lo que sea que pase: con bebé o sin él”. Así, empezamos un nuevo año de ciclos.

CICLO 11 | ENERO 2023

Un versículo que cito con frecuencia es Proverbios 13:12. La primera mitad dice: “La esperanza frustrada aflige al corazón”. Es un hecho de la vida que, cuando anhelas algo y eso no pasa, el corazón se aflige por ello. Me parece humano y natural reconocer que esto es parte de nuestra naturaleza. Con frecuencia, he visto a cristianos, bien intencionados, ver el dolor de una persona que desea concebir y decir: “Tener un hijo se ha convertido en un ídolo para ti”. Se dice esto en el sentido de: “Has puesto este deseo en un lugar tan alto que te controla y se ha vuelto un dios en tu vida”. Aunque no niego que esto suceda también se puede llevar al extremo de la insensibilidad. A veces, a las personas les duele no haber concebido porque anhelan un hijo y no han podido tenerlo. Dios sigue siendo Dios para ellos, pero en sus vidas hay un anhelo no cumplido, que les aflige el corazón. En esos momentos, el lugar más seguro al que podemos acudir con nuestro dolor es, de hecho, el Señor. No se supone que el dolor nos paralice y nos consuma por siempre; pero, intentar pretender que no duele es un error.

En enero de 2023, cuando llegó mi periodo (otra vez), me senté al borde de mi cama y lloré delante de Dios por un minuto o dos. Allí me encontró Josué. Me abrazó y me hizo desayuno. Luego, fuimos al gimnasio y tuvimos un gran día juntos. Esa fue la mejor experiencia que tuve en todo nuestro proceso de tratar de concebir. Una parte de mí había aceptado que ser padres quizás no nos pasaría a nosotros. Pero, también me permití reconocer que eso dolía y me di espacio para sentir mi dolor. Luego, me sequé las lágrimas y seguí adelante.

CICLO 12 | FEBRERO 2023

Este fue un mes tan importante para nosotros y para esta historia. Me gustaría tener una versión clara y organizada de los acontecimientos; pero, mis recuerdos son un tanto difusos. Aquí va mi mejor intento: me hice una prueba embarazo y vi una línea positiva *muy* clarita. Como hemos hablado, en el mundo de las pruebas de embarazo, una línea clarita cuenta: es positiva y ya. Pero, esta era *muy muy* tenue, casi podías confundirla con una línea evaporación (que pueden salir cuando no has leído la prueba en el tiempo correspondiente o si la prueba misma tiene un defecto). La Natacha de hace un año quizás hubiese dicho: “¡SÍ, ESTOY EMBARAZADA!”. Pero, la Natacha que vivió el ciclo 6 se volvió un tanto escéptica y no confiaba tan fácilmente. Por eso, no dije nada. Lo guardé en mi corazón por unos días. Cuando llegué a los tres días de retraso en mi periodo, le conté a mi esposo. Quizás, te sorprenderá saber que no hubo exactamente una reacción de su parte. Después de todo, Josué me había visto llorar lo suficiente como para no confiarse de mi *primer* anuncio. Por eso, me dijo: “Esperemos unos días a ver”.

Al día siguiente, me hice una prueba de embarazo de una marca menos sensible que la que había usado anteriormente. Cuando digo “menos sensible”, me refiero a que tienes que estar *bien embarazada* para que te dé algo remotamente cerca de un positivo. Seguí el procedimiento habitual y, entonces, vi la línea positiva. Ahí me convencí: “Estoy embarazada (de verdad)”. Josué se tardó unos dos días más en creermelo, pero finalmente lo aceptó. No lo culpo, claro está. Yo misma pasé una semana haciéndome pruebas de embarazo para seguir creyendo. Pero, esa es la razón por la que no tenemos un dulce video en que yo me entero de la noticia y luego preparo una sorpresa para decirle a mi esposo. Simplemente, como diría David Wilkerson, “las oraciones respondidas son aún más difíciles de creer”.

Al escribir esto, tenemos 22 semanas de embarazo: un poco más de la mitad del tiempo total. Escribo esto que lees porque, aunque estoy muy feliz; el proceso para llegar hasta aquí fue lo suficientemente difícil como para anunciarlo como si no nos hubiera costado nada. No le debemos explicaciones a nadie, lo sé. Y, al mismo tiempo, recuerdo que, en medio de nuestra espera, me animaba saber que no era la única viviendo una experiencia similar. Por eso, esto es para ti que todavía buscas y sueñas.

Como el sacerdote Elí oró por Ana, oro esto por ti: “Que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido” (1 Samuel 1:17). Oro que suceda pronto en tu vida. Oro que no tengas que esperar mucho más. Pero, si acaso el milagro llegara a tardar más tiempo, ruego que puedas ver el corazón compasivo del Señor guiándote en cada paso, sosteniéndote en el camino y renovando tus fuerzas para seguir confiando. Oro para que aprendas a llorar en el día de decepción, pero que Él mismo te conceda la gracia de secarte las lágrimas y seguir adelante. En esos días en que parece que no puedes más, espero que alguien en tu vida también sostenga tus brazos cansados y te diga: “En Dios, sí puedes”. Sería un privilegio si, al menos hoy, el Señor permite que esa persona sea yo.

Natacha R. Glorvigen